

La eugenesia al servicio de ideales nacionalistas.

Conferencia sustentada en el salón máximo de la
Universidad de Guayaquil, el martes 6 de
Agosto de 1935, a las 5 y 45 p. m.

Por el Dr. Francisco Zevallos Reyre.

Señor Rector de la Universidad:

Señores Decanos, señores catedráticos, Señores:

No sólo en cumplimiento de una disposición reglamentaria ocupó esta tribuna sino también con el fervoroso anhelo de examinar un punto científico que constituya motivo de palpitante inquietud en la hora actual. Tarea bastante difícil y no precisamente porque sean pocos los temas a desarrollar en forma sugestiva e interesante, pues a cada instante golpean en las puertas de nuestra conciencia problemas múltiples cuya resolución es un imperativo categórico, sino por el acertado planteamiento de los mismos para llegar a conclusiones satisfactorias dentro de la complejidad científica que presenta mayor número de facetas a medida que dichos problemas son ahondados.

Por otra parte los medios de comunicación modernos puestos al servicio del hombre tales como el radio, el cable y el avión que, con celeridad pasmosa vinculan a todos los seres que viven sobre la superficie de nuestro planeta, crean una aptitud mental especialísima, despertando en los espíritus una sed de renovación, de ego centrismo integrador, de visión kaleidoscópica en que los distintos valores de la vida se suceden con rapidez asombrosa. Y lo que ayer constituía una verdadera novedad en el terreno científico o filosófico hoy es una aberración llamada a desaparecer al conjuro de nuevas doctrinas con fundamentos más sólidos; lo propio sucede con los ideales

que impulsan a las colectividades, ellos varían de acuerdo con las representaciones que los individuos se hacen de las múltiples relaciones sociales de un instante dado y en las que necesariamente intervienen como sujetos.

De ahí que para escoger el punto que servirá de pretexto para estos momentos de labor intelectual, he procurado fijar mi atención en uno que se destaca con especiales relieves por la trascendencia que tiene en la marcha de los destinos humanos.

Si en la exposición del mismo y conclusiones a que pretendo llegar no soy todo lo feliz, disculpad, amables oyentes, mi falta de suficiente preparación y buena voluntad que me anima al desarrollar una tesis sumamente delicada cual es la **EUGENESIA AL SERVICIO DE IDEALES NACIONALISTAS**.

Este aspecto marca en los presentes momentos una etapa digna de estudio por la influencia que puede tener en las concepciones morales, económicas, políticas, jurídicas y raciales. En esta exposición estudiaré los antecedentes políticos del pueblo alemán que han determinado la producción de un nacionalismo exagerado; analizaré el problema en sí mismo, sentando ciertas conclusiones que importen el juicio crítico que la cuestión eugénica tratada desde el punto de vista nacionalista, me merece.

Y con estas premisas, a manera de introducción, entro en materia.

En ningún país de la tierra se encuentran tan arraigados ideales nacionalistas, con tendencias mesiánicas, como en Alemania.

La historia con su elocuencia, basada en el desarrollo de los hechos, nos muestra desde la más remota antigüedad a los pueblos germanos en lucha constante por su hegemonía política con afanes de dominación sobre las demás agrupaciones étnicas.

Las frecuentes invasiones y sometimientos de otros pueblos que debieron inclinarse al poderío de las tribus germánicas, son una prueba de que tradicionalmente existió, existe y seguirá existiendo ese ideal alto de pueblo predestinado a tomar la dirección del mundo; y aún cuando en esas tendencias de superación estuvo latente, especialmente en los tiempos modernos, el motor económico que determinó ese incesante crecimiento mercantil ávido de conseguir el mayor número de mercados

en competencia decidida con los demás imperialismos, no por eso dejó de manifestarse también el deseo de imposición racial, llamándose a regir los destinos del orbe por su mejor capacidad física e intelectual. Ya lo habían asegurado sus más distinguidos pensadores, historiadores y sociólogos.

Todo el período comprendido desde la guerra del 70 hasta la del año de 1914 no significaba otra cosa que una constante agitación alemana encaminada a realizar los sueños de dominación universal; se confiaba firmemente en el triunfo de su cultura que le daría el cetro del mundo. Y bajo esta influencia, confiada en el rol que le tocaba desempeñar en el concierto internacional, Alemania, como todo imperialismo en plena expansión de sus posibilidades, estimuló a la casta guerrera, procurando por todos los medios el crecimiento incesante de las fuerzas de mar y tierra. Por eso en 1899 el ex kaiser Guillermo II se lamentaba de que, pese a sus reiteradas peticiones, se le hubiese negado el aumento de la marina de guerra; pero los proyectos relacionados con el ejército y la armada fueron aprobados en 1912 por el Reichstag, en cuyo seno se hallaban unidos, por razones de política nacionalista, los partidos burgueses antagónicos.

En ninguno de los dos sectores, derecha e izquierda, se dejó sentir oposición alguna a los gigantescos planes militaristas, pues, no obstante de la convicción política de cada uno de dichos partidos imperaba en forma culminante la idea nacional.

Y así crece la Alemania militarista y envanecida de su destino racial al tiempo que el equilibrio armado entre los varios Estados deseosos de abrirse paso en sus tendencias imperialistas, en la imposibilidad de mantenerse por más tiempo, hacía peligrar la paz en el orbe.

Bastaba únicamente la chispa que prendiera ese vasto incendio que desde años atrás mantenía en zozobra permanente a las naciones, y bien sabemos que esa chispa fue el asesinato de Sarajevo. Y es así como se produce el choque armado de varias civilizaciones, que, como bien dijo un inspirado novelista, "era la repetición del mito clásico donde la espada de Marte, el tridente de Neptuno, las flechas de Cupido y el ceñidor de Venus fueron presa inicua del codicioso Mercurio que lleva enroscados en su sangriento caduceo cuantos problemas reales e ideales podía ofrecer el siglo XX a la inteligencia, al sentimiento, a la necesidad de los hombres".

Desvanecidas las ilusiones de predominio racial, Alemania tuvo que resignarse, después de la derrota por la fuerza del número y del oro americano, a las condiciones que se le impusieron. Reducida a Europa, sin fuerzas materiales para reanudar la contienda; con una deuda ingente por concepto de reparaciones de marina de guerra, obligada a ceder grandes e importantes extensiones territoriales, parecía Alemania condenada a una existencia obscura y difícil de levantar por lo menos en muchos años, en tanto que los vencedores sonreían, con la satisfacción que da la conciencia de haberse librado de un serio opositor. Sin embargo, la nación tedesca había de encontrar nuevas fuentes de vitalidad, nuevas corrientes que le devolvieran la confianza, facilitando la gran obra de la reconstrucción y esas fuentes, las encontró una vez más, en su *nacionalismo* que la seguridad en las propias posibilidades y en el resurgimiento de la nación.

Y en tanto que en Versalles se establecían las bases de la nueva organización en el mundo entero, los grandes cerebros germanos daban nuevos derroteros y, con una fe mesiánica en los destinos del pueblo alemán indicaban los cauces por los cuales debía precipitarse la estructuración integral del país.

Y a las pesimistas conclusiones de Splengler que aseguraba con gesto profético la decadencia de occidente porque el pangermanismo había sido derrotado en los campos de batalla, opacándose por un instante la estrella que guiara al canciller Bismark, en sus arranques de superación guerrera, sucedían otras doctrinas de esperanza, en las que se daba amplio vuelo a la imaginación creadora. Y son los Estein, los Keyserling, los Ludwig, los Husserl, los Stammler y mil más que señalan nuevos ideales de justicia, dando también nuevos valores a la vida.

De este modo el pueblo alemán, abandonado a su propia suerte vuelve sobre sí mismo y en un supremo esfuerzo de superación política, dentro de la natural desarticulación producida por la guerra, se entrega en brazos del nacionalismo, después de varios tanteos poco acertados de carácter republicano democrático. Se deseaba hacer demagogia social que contrarrestara las maniobras de izquierda, en potencia de captar el poder

debido a los desaciertos cometidos por los hombres de gobierno en los momentos de consolidar la nueva república.

Con el objeto de llenar este cometido aparece la figura de Adolfo Hitler quien, inspirándose en los primeros momentos en el fascismo italiano, debía realizar el milagro que de su decisión y energía esperaban los partidos tracionales. El programa hitlerista, como era de esperarse, había sido elaborado a base de un nacionlismo racial recalcitrante, con tendencias de élite.

En la etapa que hoy vive Alemania ha llegado a distinguirse una vez más, el factor voluntad.

Existe una misión moral que cumplir para todos aquellos que hacen de directores, especialmente en los momentos de derrota real o aparente y esa misión se puede cumplir dignamente, como dice André, cuando "quien se considere redentor y mensajero del ideal, dé un carácter elevado y digno, un carácter heroico a su vida; ha de hacer augusta con su conducta su persona, ha de obrar el milagro de la propia liberación. En la verdad innegable de su logro está el camino y la vida de los demás. Todo redentor es un camino, es una verdad y es una vida".

De esta suerte llegamos al momento de la valoración de la obra nacionalista emprendida por el hitlerismo y ya veremos si ha cumplido o no, a lo menos en el aspecto que nos preocupa, los altos ideales que propugna.

Y ese canto a la realización, dentro de una voluntad férrea, ese imperativo categórico de Kant, hoy por hoy llega a un grado tal de prepotencia que ya hace necesario decir a los directores del pueblo teutón que la humanidad es más idealista, más robusta, más sana, más noble no por sus fuerzas de dominación, dentro de esos gestos selectivos que caracterizan al nacionalismo alemán sino porque posee un corazón lleno de magnanimidad y amor.

Pero no juzguemos al nacionalismo germano sin conocer por boca de su máximo apóstol Hitler los ideales que su programa de engrandecimiento encierra quien, al exponer sus principios especialmente en lo que se refiere el problema racial, se expresa así:

"Las naciones o, insisto, las razas, que poseen talento cultural y creador, tienen útiles cualidades latentes en sí, aún cuando las circunstancias exteriores, que pueden ser desfavo-

rables en un momento dado, estorben su desarrollo. En virtud de esto, resulta ultrajante representar a los pueblos germánicos de la era anterior a Jesucristo, como bárbaros desprovistos de cultura. Jamás fueron semejante cosa. El áspero clima de su nórdico país los obligaba a vivir en condiciones que impedían el desarrollo de sus cualidades creadoras. De no haber existido el clásico mundo antiguo, de haber llegado aquellas tribus a las comarcas más hospitalarias del sur, obteniendo la ayuda técnica mínima indispensable para el progreso, vale decir, la colaboración material de las razas que le eran inferiores, la capacidad para crear cultura latente en ellas habría producido un florecimiento tan espléndido, exactamente, como el que tuvo lugar en el caso de los helenos.

El fin esencial que debe perseguir un estado nacional es-triba en la conservación de los elementos raciales primitivos que, al propagar la cultura, crean la belleza y la dignidad de una humanidad mejor".

Se lamenta, además, que la médula de la nacionalidad alemana no sea en la hora presente racialmente homogénea debido a cruzamientos que él denomina envenamiento de la sangre.

En consecuencia, al Estado le toca velar por la pureza racial, imponiendo medidas eugenésicas que sean verdadera garantía de mejoramiento humano. Por eso asegura el dictador alemán: "La conciencia nacional debe en lo tocante al estado matrimonial, producir una época mejor, durante la cual los hombres no consagren su atención puramente al mejoramiento de los animales sino más bien a elevar la condición del ser humano, una época en que haya un individuo que practique silenciosa y conscientemente la renunciación, al paso que otro se huelgue en el sacrificio y la dádiva".

Con estos antecedentes estamos en condiciones de analizar las corrientes nacionalistas que culminan en la eugenesia compulsoria.

Bajo la influencia nacionalista, cuyo movimiento era orientado desde el poder por Hitler, comienza la depuración racial, único fundamento filosófico y científico del resurgimiento alemán para llegar nuevamente al sitio desde donde había sido desplazado por las consecuencias de la guerra.

La persecución contra judíos, negros, amarillos y demás razas consideradas por el nacionalismo alemán como inferiores

se agudizó en forma desconcertante y ni siquiera fueron perdonados los grandes talentos que habían dado brillo a las ciencias y letras alemanas. El profesor Estein, Emil Ludwig y otros personajes que tenían sobre sí el grave delito de poseer ascendencia judía, eran expulsados de territorio alemán, donde se iba a operar el milagro de brotar al conjuro nacionalista una raza pura para desafío y reivindicación de los blasones germanos que ningún obstáculo político podía opacar. Y cuantos en el ostracismo protestaron contra los métodos drásticos sufrieron la pérdida de los derechos de ciudadanía.

Y el mismo Hitler decía en un discurso:

"El tercer Reich no se basa en el principio de la monogamia.

El adulterio no es considerado como un crimen sino cuando es susceptible de afectar a la pureza de la raza, es decir, si una mujer o un hombre alemanes tienen relaciones sexuales con judíos, negros, etc."

Y el doctor Heinsius, de Berlín, apoyado por las oficinas de higiene popular y racista ha propuesto un decálogo que debe ser profusamente distribuido en todo el país.

Hedlo aquí:

1º—Piensa que eres alemán.

2º—Debes casarte si eres de herencia sana.

3º—Conserva sano tu cuerpo,

4º—Mantiene sanos tu espíritu y tu alma.

5º—Como alemán no escojas por cónyuge sino una persona alemana o de sangre nórdica.

6º—Cuando escojas marido infórmate sobre sus antepasados.

7º—La salud es también una condición de la belleza exterior.

8º—No te cases sino por amor.

9º—No elijas un camarada de juego, pero mira en tu cónyuge un compañero en el matrimonio.

10º—El verdadero sentido del matrimonio es una posteridad sana".

Además el profesor Stammler propone un proyecto de ley destinado a la conservación de la pureza de la raza y en el cual se prohíben matrimonios con personas de sangre impura, estableciéndose penas para los casos de transgresión, y los cambios

de nombre que tengan por objeto ocultar el origen racial serán severamente castigados.

En 1933 Hans Kerre, Ministro de Justicia de Prusia, elaboró un proyecto de código penal racista que contiene una exposición de motivos seguida de la parte que se titula: "Decreto de las nuevas especies de delitos: traición a la raza y ofensa al honor de la misma.

Las exageraciones nacionalistas en el problema eugenésico llegan al paroxismo cuando se propone por parte de algunos facultativos alemanes la esterilización de individuos de raza ajena a la germana mediante el pago de una prima no muy baja que debe ser entregada al paciente.

De modo que la pretendida labor de defensa social no se concreta únicamente a imposibilitar para la reproducción a los que no llevan en sus venas la sangre pura, únicamente privilegiada para perpetuarse eficazmente, como es la germana, según los principios exclusivistas de los nacionalistas tudescos *Deutschland über alles*.

La persecución contra los semitas es de tal magnitud que el Dr. Toulouse, apasionado defensor de la esterilización, escribía en Julio de 1933: "No discutiré aquí el uso que pudiera hacer Hitler de su decreto, que tiene por mira notoria perfeccionar la raza alemana. No es que el designio sea irrazonable; es menester que no sirva con fines políticos indefendibles".

La eugenesia, como ciencia de aplicación, ha sido conocida en todas las edades.

Se cuenta, por ejemplo de los espartanos, que en su deseo de tener buenos soldados, al nacer un niño lo reconocían para anular a todo el que presentare alguna deformidad o diere señales inequívocas de ciertas deficiencias que habían de volverlo ciudadano inútil cuando adulto; pero este concepto no se conviene con las tendencias modernas dentro de las cuales se entiende por eugenesia "el conjunto de reglas para la aplicación de las leyes biológicas al perfeccionamiento de la especie humana".

La Eugenesia se estructura con caracteres más científicos a partir del siglo XIX cuando los descubrimientos en la biología de dos hombres célebres, Mendel y Galton, dan la pauta

para impedir que la naturaleza obre fatalmente en la procreación de todos los organismos vivientes.

La eugenesia efectúa dos funciones: positiva y negativa. La segunda función va encaminada sobre los anormales de todo orden para evitar que éstos transmitan sus taras a los descendientes, siendo necesario, en ciertas y determinadas circunstancias, acudir a medidas cruentas, como la esterilización, a la que tanta importancia ha dado Hitler.

Alemania en estos momentos aparece poseída del delirio nacionalista. Por eso no es extraño que el Papa Pío XI, cuya encíclica *Casti connubii*, del 31 de diciembre de 1930, atacaba los excesos eugenésicos, sea presentado como hijo ilegítimo de una judía neerlandesa de nombre Leitman y, por consiguiente, tome actitudes defensivas de la raza a la cual pertenece.

En medio de esta agitación universal, dando lugar a las más opuestas teorías, el dictador alemán ha elevado a la categoría de ley de la República la eugenesia de sus aspectos más extremistas. Fueron creadas las cortes respectivas para resolver los asuntos contenciosos que se presentaren, pero son cortes en las que más influencia tienen los médicos al servicio de los ideales nacionalistas raciales que los jueces, y el cable nos comunica que en un año han sido esterilizadas 56.244 personas y que el número de tribunales eugenésicos que funcionan en todo el país ascienden a la respetable cifra de 205.

Alemania está hoy convertida en el gran laboratorio donde se va a forjar la raza prepotente que regirá los destinos del mundo en época no lejana, según aspiraciones de sus directores, y por eso, desde ahora, proceden a buscar en la fuerza de las armas y en los elementos de destrucción más refinados el medio poderoso que franqueará el paso a las huestes de la moderna cultura de super hombres, delicocéfalos rubios, cuyos cuerpos vigorizados por la ciencia, servirán de arquetipo antropológico para los seres de todas las latitudes en tanto que sus cerebros, enriquecidos por el acervo de varias generaciones pretéritas, serán los dueños de la idea que encadenará al orbe.

No deseo concluir este trabajo en el que someramente he tratado una cuestión que inquieta a los hombres pensantes sin efectuar antes un estudio reflexivo del problema planteado, dentro de esa serenidad filosófica propia del que desee tener

una visión integral de los asuntos que caen bajo la percepción sensible.

El punto a discutir sería saber si la eugenesia tal como se la está aplicando llena o no una función social provechosa, aspecto que procuraremos enfocarlo fuera de toda influencia religiosa y de todo dogmatismo de cualquier índole que sea.

En el plan de eugenesia obligatoria trazado por el dictador Hitler, ya que ahora están de moda los planes de gestión gubernativa, constan cuatrocientos mil seres como candidatos a la esterilización en esta primera etapa de ensayo para un pretendido mejoramiento racial.

En la historia de la humanidad se registran muchos intentos de selección consciente, pero, pese a todas las intervenciones artificiales, siempre se han impuesto las leyes naturales en los complejos procesos biológicos puesto que en su sabiduría infinita supieron orientar mejor la marcha de las especies con la supervivencia de los mejor adaptados.

Nadie puede sostener en forma enfática y rotunda la exactitud de las leyes de la herencia, habiéndose descubierto que se transmiten ciertos caracteres biológicos pero no el talento; y aún más que la reproducción de taras degeneratrices no se presentan de modo uniforme y constante a través de todas las generaciones, constatándose muchas veces que rasgos de una generación dada son reproducidos en otras muy ulteriores, en tanto que las series intermedias no dan resultados somáticos desfavorables, capaces de orientar de modo certero al observador que penetra en los misterios de la vida, con anhelante voluntad descubridora. Por otra parte se ha comprobado que ciertas afecciones no son hereditarias, como se creía antes, pero sí trasmisibles por contagio, entre ellas, la tuberculosis, que después de todo es perfectamente curable, habiéndose dado el caso de que un tuberculoso sometido a tratamiento oportuno ha recobrado toda su vitalidad, y lo que es más, ha logrado engendrar prole sana que no reprodujo en la respectiva descendencia caracteres patológicos. Y a este respecto juzgo oportuno reproducir un fragmento de cierto artículo científico, publicado por el Dr. Lowental en el "Mercurio" de París el 1º de Abril del año próximo pasado. He aquí lo que dicho profesional expresa, con abundancia de ejemplos, acerca de las contradicciones de las leyes de la herencia:

"Miguel Angel fue engendrado por un bruto que odiaba el

arte hasta el punto de azotar al niño casi hasta la muerte, para desarraigarle su afición y despojarle del instinto de belleza. Beethoven tuvo por padre un borracho. La herencia de Lord Byron fue lamentable. Goethe fue engendrado por un psicópata cuyo hermano murió idiota. En la familia creada por su padre, la situación fué típica: abortos, muertos al nacer, hijos delicados, etc. De ellos sólo dos sobrevivieron: el poeta y una hermana muy enfermiza, que murió a los veintisiete años. Goethe era tan raquítico y miserable, cuando nació, que en Esparta habría sido sacrificado. Ricardo Wagner y Cosima Litz, un genio y una hija de otro genio, produjeron un hijo adocenado y medriocre”.

Si bien autores de obras jurídicas, tales como D'Aguanno, al dar el fundamento del derecho de sucesión establecen en forma absolutista el valor y realidad de la trasmisión de padres a hijos de ciertas condiciones biológicas y aún intelectuales, ya son muchos los científicos que rechazan el absolutismo de la ley de la herencia, tomada con tan excesiva amplitud como lo fue en los primeros momentos en que Mendel descubría los fundamentos de la citada ley.

Además existe otra consideración importante contra la cual no puede pronunciarse desfavorablemente la ciencia y es la de que no se ha podido establecer de modo categórico que uno de los seres que intervienen en el acto de la concepción, afectado por un estigma, produzca de modo fatal un nuevo ser degenerado si el otro progenitor goza de todos los atributos biológicos y psíquicos que lo capaciten para dar una descendencia sana, teniendo, además, una aptitud fisiológica especial para imponer en la nueva vida sus características personales. Verdad que existen muchos casos en que la tara se impone, pero no es menos cierto que abundan los ejemplos en los cuales ocurre todo lo contrario. No se puede negar que el mejoramiento de la especie se produce por selección natural sin que intervenga en este misterioso proceso ningún fanatismo. Basta considerar este hecho trascendental para que rechacemos los extremismos raciales: una sola pareja de tarados, considerándola en el devenir de las edades, hubiera sido capaz de engendrar miles de generaciones de anormales y como no hubo fuerza humana que orientara las manifestaciones de la naturaleza sería el momento de sobrecogernos de espanto al contemplar los millones de tarados que, cual torrente infernal, habría invadido el mundo amenazando la existencia de los normales, y, sin embargo, no

ha sucedido así pues el número de seres privados de algún atributo que la naturaleza otorga a los bien constituidos, es un porcentaje bastante reducido.

La ley no puede servir ciegamente a las conclusiones científicas de un momento dado porque bien sabemos que la apreciación de los fenómenos y la interpretación de los hechos sociales varían con las culturas y las capacidades de los hombres. Siempre nuevas inquietudes, nuevos llamamientos de la realidad despiertan en las conciencias nuevas formas no sólo de pensamiento sino de interpretación. De otro modo la ley del progreso y el destino de cada cultura carecerían de sentido; no habría necesidad de buscar otras relaciones siendo así que la relatividad de nuestra facultad cognoscitiva, a cada instante del saber científico, nos muestra nuevos sectores de la realidad, en ese afán de infinito investigar que infinitamente debe ser perseguido.

Por esta razón los fanatismos, de cualquier índole, en ningún instante de la vida de la humanidad han podido subsistir. Principios que se creyeron inmutables en los distintos órdenes de las relaciones humanas han sido destruidos al soplo demoleedor de nuevas corrientes renovadoras. Así los postulados de igualdad, libertad y fraternidad, valiosas armas demagógicas esgrimidas por el individualismo francés durante la gran revolución burguesa de fines del siglo XVIII, han perdido su prestigio frente al avance de sistemas modernos que más importancia conceden al todo representado por la sociedad. Esto en el orden de las ideas políticas y sociales que en el plano de desenvolvimiento puramente científico o filosófico muchas y muchas doctrinas, con el valor de axiomas matemáticos, han sido si no destruidos por lo menos renovadas integralmente.

La ley de la gravitación universal, con su valor eterno, inmutable, había de conmoverse al golpe del relativismo existencial; y el mismo furor antifilosófico que adoptó el positivismo, a fines del siglo pasado y antes de la guerra europea, tiende a perder terreno frente a las altas especulaciones filosóficas que efectúan los pensadores de post guerra dando nuevas rutas al pensamiento que, sin caer en una metafísica absorbente, tendencia a la que ha tenido terror el positivismo, da mayor agilidad al espíritu y fuerza de penetración sobre sus propios procesos, aspecto que no había podido abordar el positivismo, y esta nueva estructuración filosófica, especialmente en el terreno

jurídico, se opera mediante un retorno a la filosofía kantiana, siempre fecunda, siempre sublime en concepciones superiores y hasta hoy no bien estudiada por los diversos interpretadores que ella ha tenido.

Ahora bien, si todo este cambio significa una nueva estructuración en los ramos del humano saber, mal podemos concebir que finalidades políticas orienten las decisiones científicas para que, éstas convertidas en articulados de ley, sirvan a las necesidades de Estado.

Las leyes pueden ser buenas o malas consideradas en sí mismas, pero para llenar su finalidad deben inspirarse en necesidades colectivas realmente sentidas y no en razones políticas; además, no olvidemos que muchas de ellas han sido en todas las épocas y en todas las edades los medios de que se valió la prepotencia para someter a los pueblos imponiéndoles la esclavitud, la servidumbre, la sujeción. La ley que por una parte otorga a una clase, llámase ésta casta o raza privilegiada, derechos sin deberes y por otro lado deberes sin derechos, es ley del abuso, de la humillación y del servilismo.

La ley en manos de la autoridad que sirve al despotismo puede ser fatal. ¿De dónde sabemos que el furor racial nacionalista llegue al extremo de pretender esterilizar a todos cuantos no comulguen con las tendencias del régimen? ¿Acaso no puede convertirse en una arma política terrible? Y en este supuesto más valdría empezar aplicándola a todos cuantos sienten deseos de superación mesiánica para evitar que tengan hijos llamados a convertirse más tarde en el azote de la humanidad al seguir las huellas del feroz Atila o del sanguinario Gengis-Khan. Y las actividades eugenésicas se producen, así con furor vasánico, mientras el arsenal mortífero se acrecienta; que gases de afectos insospechados todavía; que rayos pulverizados y bacterias repulsivas, aniquiladoras de ejércitos y poblaciones enteras, productos de laboratorios infernales, están listos a demostrar sus estragos en la primera oportunidad; que las paradas militares hogaño como antaño anuncien criminales intentos de nuevas matanzas, es decir, que por un lado afanes de superación racial llegan hasta la esterilización en tanto que no tiemblan los demagogos cuando pretenden multiplicar allende las fronteras el número de psicópatas, tarados y degenerados merced a esta maquinaria de destrucción al servicio de un cesarismo predestinado a cambiar la faz del mundo, sin contar con los efectos perniciosos que las inquietudes de una contien-

da, con todo su séquito de calamidades, produce en los seres desarrollándose en el claustro materno quienes irremediablemente reciben esta influencia siniestra y que leyes eugenésicas de ninguna índole son capaces de evitar. Advirtiéndose que la guerra tarde o temprano será un hecho puesto que la competencia armamentista en que se encuentran empeñadas las potencias ha traído el alza de los impuestos, ahondamiento de la crisis económica, el descontento social, mayor pugna entre las clases capitalistas y trabajadoras, situación ésta que no se podrá mantener por más tiempo y como existe una valla a todo intento de reivindicación contra las injusticias sociales, queda el gran expediente de la guerra exterior para impedir la revuelta interna, como sucede actualmente en Italia que busca en forma desesperada la lucha con Etiopía.

Y volviendo al tema que motiva esta disertación es indudable que existe una locura evidente o excesiva mala fe en todos cuantos se dejan llevar por pretendidos ideales de mejoramiento racial, tomados en todo su extremismo, en tanto que el uso de otros medios modernos para volver la guerra inhumana sobre toda ponderación llevará fatalmente a los mismos resultados que se pretende evitar.

Además, tal como se efectúan las cosas, revelando están una actitud de renunciación frente a los progresos de la ciencia que aún no ha dicho la última palabra, significa desesperar de los procesos de investigación y de amplio desarrollo científico en los cuales a cada instante se produce una nueva revelación llamada a transformar el mundo del conocimiento.

Y pensar que todo este movimiento tiene como finalidad aparente el mejoramiento racial, siendo así que el tipo ario puro se ha perdido en la sucesión de las edades y que los mismos conceptos raciales han variado mucho; que Cuvier sostiene como fundamento ciertas cualidades externas de los hombres para su clasificación; que Darwin le dá mayor importancia al aspecto de la herencia al enfocar el problema de las razas, que los fonetistas Max Müller, Whitney y Opert, entre otros, determinan a las razas por grupos lingüísticos hasta llegar al criterio de tipo antropológico introducido últimamente por Paul Broca como más acertado para la determinación de las razas, que no son la expresión de una ley exclusiva sino el producto complejo de una serie de influencias sociales.

Y cabe argumentar, por último, que el nacionalismo sólo

se ha fijado en los efectos de los hechos, sin tomar en cuenta las causas, y en este caso, sería como destruir los frutos de un árbol contaminado dejando en pie el mal que corroe las raíces. Atendamos las llamadas de la naturaleza, ella no se equivoca en sus manifestaciones. Si existen degenerados intelectuales, morales o volitivos es porque ciertos vicios como el alcoholismo, el abuso de drogas tóxicas y enfermedades venéreas han producido un desequilibrio en la economía biológica.

Está en lo cierto el Dr. Gotze cuando asegura que nuestra interpretación se halla en pugna con los fenómenos vulgarmente llamados males: "Tales fenómenos son: enfermedades, epidemias, perversiones, la criminalidad, la crisis mundial, etc. Estos males se producen cuando el hombre violenta las normas establecidas por la naturaleza para su bienestar cuando el hombre en lugar de ayudarla en sus fines usa su inteligencia para contrarrestarlos, entonces la Naturaleza se revela reaccionando de una manera segura para corregir los errores cometidos por los hombres".

En tal virtud no se pueden destruir los efectos sin atacar decisivamente las causas.

En Estados Unidos, con frecuencia, son enviados a la silla eléctrica raptos de niños y, sin embargo, tal medida no ha impedido el plagio, como llaman los americanos a este delito, del menor Lindbergh y de otros infantes, hijos de millonarios que estaban en posibilidades de pagar un buen rescate. ¿A qué resorte oculto se debe tan anómala situación contra la cual nada puede la intimidación de la pena, si nos atenemos a los penalistas clásicos? La respuesta huelga, pues es evidente que tales hechos seguirán repitiéndose mientras no se alivie la situación económica que tan grande importancia tiene en la producción de los hechos sociales. Las estadísticas respecto al número de desocupados en la unión americana arrojan cada día un índice más elevado; en consecuencia, los delitos contra la propiedad tienen necesariamente que aumentar porque no se puede renunciar el supremo derecho a la vida.

Se esteriliza a los sifilíticos, a los alcohólicos, a los morfómanos y a todos los tarados a consecuencia de tantos y tantos vicios repulsivos, pero, en cambio, no se tocará el comercio de licores, drogas y otros tráficos denigrantes porque los Estados perderían las principales fuentes de entradas.

Tampoco se abrirán campañas para el saneamiento de las

habitaciones, de las fábricas, cuarteles, procurando una mejor alimentación para los extenuados por las fatigas porque el Estado no encuentra en estos sectores fuentes de explotación. Es necesario, más bien, pedir la eliminación de todos los mendigos, enfermos incurables y ancianos porque constituyen una carga para el Estado y porque su presencia indica una situación social que merece ser tomada en cuenta para su inmediato remedio.

En esta ansiedad reinante por descubrir nuevos valores de la vida creo que el pueblo alemán ha perdido el sentimiento de humanidad, pues como bien afirma un distinguido pensador, se encuentra "demasiado metido en sí mismo, obsesionado con la idea de llegar a ser, embriagado con la idea del superhombre, le interesa de los demás aquello que piensan y sienten los demás de él y aquello que de los demás puede asimilar". "La ciencia alemana, en su aspecto espiritual, tomó una forma angular (en la que se mantiene), cuyo vértice es el ideal alemán y cuyos lados son la ciencia y la voluntad alemanas".

Un pueblo habrá cumplido su destino ante el supremo tribunal de la historia cuando todos sientan un ideal común de humanidad, magnánimo y generoso, y cuando una justicia hallada por la asimilación del cosmos en cada espíritu, abra las puertas de la redención universal a los hombres de todas las latitudes y de todas las razas en la conjunción eterna producto de la ciencia, el trabajo, las artes y el amor a la humanidad, de la cual cada sujeto volente es como un átomo en los movimientos constantes, uniformes y fatales de la materia.